
Una experiencia de la sin razón

Mauro Marchese

RESUMEN

En este trabajo pongo en consideración si corresponde o no afirmar que el psicoanálisis nació como empresa de medicalización del cuerpo sexual y por ello participa de una filiación disciplinaria. Para esto tomo en cuenta algunas reflexiones de Frédéric Gros acerca del concepto de sexualidad en la obra de Foucault, ciertos pasajes de *Historia de la locura en la época clásica*, *El poder psiquiátrico* y *Entre filosofía y literatura*, para confrontarlos con otras consideraciones que hiciera J. Derrida sobre el lugar y el rol del psicoanálisis en el proyecto foucaultiano de una historia de la locura.

PALABRAS CLAVES

Sigmund Freud; Michel Foucault; Jacques Derrida; Jacques Lacan; Psicoanálisis; Disciplinamiento; Sexualidad; Locura

An experience on the unreason

ABSTRACT

In this work I consider the question whether corresponds to affirm that Psychoanalysis was born as an enterprise with the purpose of medicalising the sexual body, and thus it is part of a discipline. For this analysis I take into account some of the thoughts by Frédéric Gros about the concept of sexuality in the work of Foucault, some fragments of History of Madness, Psychiatric Power and Dits et écrits, to confront them with other considerations by J. Derrida about the place and role of the Psychoanalysis on Foucault's project for a history of madness.

KEYWORDS

Sigmund Freud; Michel Foucault; Jacques Derrida; Jacques Lacan; Psychoanalysis; Discipline; Sexuality; Madness



“Los hombres están tan necesariamente locos que sería otro modo de locura no estar loco¹.”

“No es encerrando a su vecino como uno se convence de su propia sensatez².”

Este texto surge como una respuesta posible a la lectura de la intervención que hiciera Frédéric Gros frente a un público de psicoanalistas en el marco del coloquio llamado *La opacidad sexual*³. Y a la vez pretendo poner en consideración si se sostienen o no las siguientes afirmaciones: el psicoanálisis nació como empresa de medicalización del cuerpo sexual; el psicoanálisis participa de una filiación disciplinaria.

PSICOANÁLISIS COMO EMPRESA DE DISCIPLINAMIENTO

Inicialmente desplegaremos algunos de los conceptos centrales que F. Gros vertiera en aquella intervención. El autor comienza explicando que la complejidad del acto criminal no proviene de una oscuridad esencial al crimen sino de la imbricación histórica, de la compleja sedimentación de los discursos sobre el crimen. Se trata de una confusión histórica de los discursos. Propone esta noción como prefacio de las discusiones esperables en aquel coloquio: la opacidad de lo sexual, más que una dificultad ligada a la naturaleza misma de la sexualidad, señalaría la intrincada trama de esos discursos que desde hace miles de años se tejen en torno al acto sexual:

Esa confesión de ignorancia acerca de lo que está en el núcleo de lo sexual, nace de una redundancia de discursos, de una pesada acumulación de palabras, y no de un asombro esencial. La opacidad, en síntesis, no es más que la saturación histórica de los discursos. (GROS, 1999, p.10).

Luego de introducida esta noción a modo de prefacio, desarrollará tres dimensiones del pensamiento de Foucault sobre la sexualidad: sexualidad y partición de prohibiciones; sexualidad y resistencia; y por último sexualidad y subjetivación.

¹PASCAL *apud* FOUCAULT, 1999, p. 121.

²DOSTOIEVSKI *apud* FOUCAULT, 1999, p. 121.

³ Coloquio de la *École lacanienne de psychanalyse* realizado en Paris los días 6 y 7 de junio de 1998.



SEXUALIDAD COMO PARTICIÓN

Gros cita a Foucault:

Se podría hacer una historia de los límites -de esos gestos oscuros, necesariamente olvidados una vez que fueron realizados, mediante los cuales una cultura expulsa algo que para ella sería lo Exterior, y a lo largo de su historia, ese hueco vacío, ese espacio en blanco que la delimita, va a designarla tanto como sus valores. Pues la cultura recibe esos valores y los conserva en la continuidad de la historia, sin embargo en esa región de la que queremos hablar, ella produce sus elecciones esenciales, realiza la partición que le da el rostro a su positividad; allí se encuentra la densidad originaria que le da forma. (FOUCAULT, 1999, p.123).

Para cada cultura habría particiones lo suficientemente decisivas como para recortar su identidad. Para Foucault el reparto entre razón y locura constituye la cesura principal de la identidad occidental. A esas particiones, Gros, las llama históricometafísicas. Históricas porque encuentran en la historia la superficie de su realización. Y metafísica porque parece imposible superarlas dado que constituyen la apertura misma del sentido. Vemos así que Foucault le asigna a la sexualidad (a la manera de la dupla locura-razón o de la oposición entre el sueño y la vigilia) el ser lo que en la historia hace posible la historia. (GROS, 1999, p.11-12).

SEXUALIDAD COMO RESISTENCIA

Para Foucault la invención moderna de la sexualidad se da a partir de la medicalización de la histeria en el siglo XIX. (FOUCAULT, 2005, p.339-381). La neurología habría introducido en la medicina un nuevo cuerpo: el cuerpo neurológico. El cuerpo de la anatomía patológica estaba constituido por volúmenes sonoros, lesiones visibles a la luz de la muerte. El cuerpo neurológico se constituye como conjunto de respuestas funcionales a estímulos organizados. Se trata de un cuerpo-reflejo. Ya no bastará con palparlo (mientras el paciente espera pasivamente) sino que se le impondrán consignas: camine, levante el brazo. Y el cuerpo, entonces, en el silencio elocuente de sus posturas le habla a la mirada atenta del clínico. A partir de 1885, Charcot someterá este nuevo cuerpo neurológico a la práctica de la



hipnosis, la cual hace reinar de modo casi absoluto la voluntad del médico: **pliegue entre un nuevo cuerpo y un nuevo poder que determinará el nacimiento de la sexualidad.** (GROS, 1999, p.12).

Foucault reconstruye la historia de las histéricas en la Salpêtrière como un drama bufo del poder médico en tres actos.

- Charcot exige, de la histérica, síntomas regulares.
- Algunos empleados del ferrocarril impactados por la experiencia de los accidentes provocados por los trenes, se veían imposibilitados de volver al trabajo, aún sin tener ninguna lesión perceptible. El proletario herido, ajeno a la cultura médica de la Salpêtrière, autentifica de ese modo a la histérica que presenta un síndrome posthipnótico comparable. Una vez decretada enferma natural la histérica servirá de criterio para distinguir los verdaderos obreros histéricos de los simuladores.
- El paralelismo construido entre las histéricas y los accidentados del ferrocarril permiten suponer en el origen de toda histeria no provocada experimentalmente un trauma inicial de naturaleza psíquica. Charcot preguntará a las histéricas hipnotizadas acerca de su primera infancia. En la apertura de esta palabra permitida, ellas van a derramar su vida sexual y su placer. Charcot se niega esta vez a escucharlas. Aparece así un cuerpo sexual que desborda la táctica de poder que pretendía imponerles un cuerpo neurológico.

Así sería que Foucault concluye sobre el nacimiento del psicoanálisis como empresa de medicalización de ese nuevo cuerpo erigido ante un Charcot desorientado: una manera de hacerlo callar escuchándolo hablar. (Ibid., p.15).



Quizá sea ésta última afirmación más que ninguna otra la que motiva este texto. ¿De qué lado queda situado el psicoanálisis? ¿Del lado de una empresa de medicalización de la sociedad y los cuerpos o del lado de una experiencia que da lugar a la singularidad de la existencia de un sujeto que se resiste a quedar atravesado, atrapado y formateado en una compleja trama de discursos, que no son ajenos a ciertas estrategias de poder?

Quisiera entonces, confrontar esta conclusión de Frédéric Gros sobre la concepción de Foucault acerca del nacimiento del psicoanálisis con otras consideraciones de Jacques Derrida sobre el lugar y el rol del psicoanálisis en el proyecto foucaultiano de una historia de la locura.

Adelanto desde ahora que entiendo que hay una verdad parcial en la afirmación de Frédéric Gros. Y me gustaría señalar: en qué puntos yerra y en cuáles da cuenta de otra verdad parcial que enunció Foucault, y que convendría, a mi juicio, que los psicoanalistas tomemos nota, hagamos la crítica necesaria y resituemos la dirección, la ética y el propósito de nuestro asunto. Por otra parte, el finísimo análisis que hace Derrida sobre el lugar y el rol del psicoanálisis en la obra de Foucault, creo, me permite desplegar la complejidad del asunto que pretendo abordar, a la vez que situar el carácter aporético del psicoanálisis. Asimismo mostrar desde un discurso filosófico, algo que también sería fácilmente enunciable desde el campo del psicoanálisis: no existe *Una* tal cosa que pueda ser llamada *El* psicoanálisis. Y quizá debamos sostener que el psicoanálisis es una cosa y la contraria, según a qué hagamos referencia cuando decimos el psicoanálisis.



Avancemos un poco sobre el artículo de Derrida. Sí, sólo un poco, porque su despliegue total supera por lejos las pretensiones de estas páginas. Derrida analiza principalmente el libro *Historia de la locura*, pero no duda en pasearse por múltiples rincones de la obra de Foucault cada vez que lo considera necesario. El lector interesado debería remitirse a su artículo para un mayor acercamiento a la inquietud que compartimos con el autor. Comienza situando una dificultad de todo proyecto y todo discurso de una historia de la locura y por cierto de una historia de la sexualidad: “¿Hay testimonio para la locura? ¿Quién puede testimoniar? Testimoniar, ¿es ver? ¿Es dar razón? ¿Hay un objeto? ¿Hay un tercero posible que dé razón sin objetivar, incluso sin identificar, es decir, sin apresar?” (DERRIDA, 1996, p. 122).

Así, el objeto en cuestión, sobre el cual Foucault pretende hacer una historia y el psicoanálisis, en alguna de sus versiones, pretende sostener cierta práctica, sea la sexualidad o sea la locura, se nos presenta como sumamente escurridizo al punto de hacer sonar con voz cada vez más alta la pregunta: ¿existe un objeto tal?

Derrida no se demorará en dar un paso más que pone en suspenso toda afirmación foucaultiana sobre el psicoanálisis: no existe el psicoanálisis sino los psicoanálisis y los psicoanalistas, “pues el pasaje al plural será lo que está en juego en esta discusión” (Ibid., p. 125).



UNA APORÍA A SOSTENER

Derrida aludiendo al título del libro de Foucault introdujo en el título de su ponencia *La historia de la locura en la edad del psicoanálisis*. Con este acto marca desde el inicio una condición de posibilidad del libro de Foucault. Le interesará más el tiempo en que el libro enraíza y se escribe, que el tiempo que el libro describe e intenta objetivar. Y además: “El proyecto de Foucault, ¿habría sido posible sin el psicoanálisis del que es contemporáneo y del que habla poco y sobre todo de manera tan equívoca o tan ambivalente en el libro?” (Ibid., p.127). Me interesa dar cabida a la lectura atenta de la obra de Foucault, dejar que penetre, cuestione, desestabilice las posiciones de los psicoanalistas. Encontrar los pasajes donde Foucault analiza más y mejor que muchos psicoanalistas. Aprender de su intención y su método donde las ideas son puestas a andar sin controlar de antemano a dónde nos llevan. Encontrar también los caminos donde Foucault se pierde, confunde o desconoce la crítica subversiva de otros psicoanalistas. Entonces subyace a la producción de este texto la pregunta ¿cómo leer y dejarse afectar por Foucault para sostener hoy una posición de resistencia a la ola psicologizadora dominante?

Derrida sostiene provisionalmente para su análisis el sustantivo común, el psicoanálisis, aún dejando claro que incluso en Freud ya estaba dividido “al punto de hacer su localización y su identificación más que problemáticas” (Ibid., p.127). Para Derrida, Foucault quiere y no quiere situar a Freud en un lugar histórico estabilizable, identificable y ofrecido a una aprensión unívoca. Considera que la interpretación o la topografía del momento freudiano que éste último propone es siempre inquieta, dividida, móvil, algunos dirán ambigua, otros ambivalente, confusa o contradictoria. Según él, Foucault quiere a veces acreditar y a veces desacreditar a Freud, al menos que no haga en verdad ambas cosas, indiscerniblemente y al mismo tiempo. En cuanto a esta ambivalencia, siempre se podrá optar entre dos atribuciones. Se la puede relacionar con Foucault o con Freud; puede caracterizar una motivación, el gesto del intérprete y un cierto estado de su trabajo, pero también, o en primer lugar, calificar la simple verificación, por el trabajo del intérprete o el historiador, de una duplicidad estructural que él refleja desde la cosa misma, a saber: el acontecimiento del psicoanálisis. Pues la



ambigüedad que se puede advertir bien podría estar del lado del psicoanálisis, del lado del acontecimiento de esta invención denominada psicoanálisis. (Ibid., p.127). Desde este campo, ya Lacan situaba en 1964 al psicoanálisis como una experiencia con aspectos paradójicos, singulares, de aporía:

El sujeto y lo real, nos llevarán a dar forma a la pregunta formulada la vez pasada: el psicoanálisis, en sus aspectos paradójicos, singulares, de aporía, ¿puede ser considerado por nosotros como algo que constituye una ciencia, una esperanza de ciencia? (LACAN, 1987, p.27).

Para Derrida, Freud quedará situado, en la obra referida de Foucault, en un lugar de bisagra. Bisagra como algo que asegura el giro, hace de pivote, cierra y abre, “fort/da de un péndulo o un balancín de equilibrista, es lo que significa entonces Freud para Foucault” (DERRIDA, 1996, p.129). Encuentra en el libro de Foucault a un Freud con la figura ambigua de un portero, que introduce en una nueva época de la locura, la nuestra, aquella desde la que se escribe el libro *Histoire de la folie*, y que representa también el mejor guardián de una época que se cierra con él, la historia de la locura tal como es narrada por el libro que lleva ese título. Por ello para Derrida Freud pertenece y no pertenece a las series en que Foucault lo inscribe. Y nos propone pensar estas aporías, no como *impasses* accidentales que habría que tratar de forzar a cualquier precio, según modelos teóricos recibidos, sino como la oportunidad del pensamiento (Ibid., p.130). Sitúa un ejemplo de estas aporías al final de la segunda parte del libro, en el capítulo titulado “Médicos y enfermos”:

Hay allí una especie de epílogo, menos de una página y media. Separado de la conclusión por asteriscos, el epílogo dice también la verdad de una transición y el sentido de un pasaje. Parece firmemente estructurado por dos enunciados inequívocos:

1. En la edad clásica, la psicología no existe. *No existe aún*. Foucault lo dice sin vacilar desde el principio del epílogo: En la edad clásica es inútil tratar de distinguir las terapéuticas físicas y las medicaciones psicológicas. Por la sencilla razón de que la psicología no existe.
2. Pero el psicoanálisis no forma parte, *ya no forma parte*, de la psicología que va a nacer a continuación, después de la edad clásica. En el psicoanálisis –dice Foucault– no se trata de psicología. (Ibid., p.130-131).



Entonces, si bien en la edad clásica *no hay aún* psicología, con el psicoanálisis *no hay ya* psicología. El autor deduce que esto es dicho para afirmarlo contra un prejuicio o una tentación, contra lo que continúa presionando a tantos intérpretes con sentido común (y quizás, en parte, a Foucault entre ellos), que consideran el psicoanálisis como una psicología (por original o nueva que sea como tal), y entonces, por una parte, es necesario resistir. Foucault (siempre según Derrida) va a dar signos de esta resistencia. Y, por otra parte, habría que aceptar, en este esquema histórico, la hipótesis de un retorno: no el *retorno a Freud* sino el retorno de Freud a–.

En esa parte del libro se encuentra la fórmula “hay que ser justo con Freud”. Cuando alguien dice “hay que ser justo...”, lo hace a menudo porque pretende corregir un impulso o invertir el sentido de una pendiente: se aconseja entonces resistir a una tentación. Y esta tentación (supone Derrida), la de ser injusto con Freud, en este caso inscribirlo en la edad de la institución psicopatológica, debió de ser sin duda experimentada por Foucault, fuera de él o en él mismo. Se trata sin duda de una tentación muy vigente y sus efectos son fácilmente visibles en variadas posiciones aún dentro del campo del psicoanálisis. Derrida entiende que es resistiendo esa pendiente que lleva a ubicar a Freud como un pilar más en la construcción de una psicopatología que Foucault habría escrito “hay que ser justo con Freud” (Ibid., p.132).

Entonces nos encontramos aquí bordeando de otro modo las preguntas que dan lugar a este texto. ¿Es justo con Freud o no inscribirlo en la edad de la institución psicopatológica? ¿El psicoanálisis nace para crear y sostener e incluso hacer proliferar una nueva psicopatología o nace a partir de la disyunción, por parte de su creador, de los caminos y las posiciones adoptadas por la psiquiatría de su época? ¿Se trata de una nueva forma de medicalización, un paso más en la avanzada disciplinaria o de una forma de resistencia a ésta, una contraciencia, como también lo llamara Foucault en otro de sus libros?:



No sólo pueden prescindir del concepto del hombre, sino que no pueden pasar por él, ya que se dirigen siempre a lo que constituye sus límites exteriores. De ambas puede decirse lo que Lévi-Strauss dijo de la etnología: que disuelven al hombre. No porque se trate de volverlo a encontrar mejor, más puro y como liberado, sino porque se remontan hacia aquello que fomenta su positividad. En relación con las “ciencias humanas”, el psicoanálisis y la etnología son más bien “contraciencias”; lo que no quiere decir que sean menos “racionales” u “objetivas” que las otras, sino que las toman a contracorriente, las remiten a su base epistemológica y no cesan de “deshacer” a ese hombre que, en las ciencias humanas, hace y rehace su positividad. (FOUCAULT, 1996, p.368).

Tomemos un pasaje de Historia de la locura que el propio Derrida cita en su artículo:

Por ello hay que ser justo con Freud. Entre los 5 *Psychanalyses* y la cuidadosa encuesta sobre las *Médications Psychologiques* [Janet] hay más que el espesor de un *descubrimiento*, hay la violencia soberana de un *retorno*. Janet enumeraba los elementos de una partición, (...) Freud retomó la locura en el nivel de su *lenguaje*, reconstituyó uno de los elementos esenciales de una experiencia reducida al silencio por el positivismo; (...) restableció en el pensamiento médico la posibilidad de un diálogo con la sinrazón. (...) En el psicoanálisis no se trata de psicología, sino precisamente de una experiencia de la sinrazón que la psicología moderna ha tenido el sentido de enmascarar (FOUCAULT, 1967, p.528-529).⁴

Hay tres palabras subrayadas por Foucault: descubrimiento, retorno y lenguaje.

Descubrimiento del inconsciente y del psicoanálisis, en tanto movimiento de retorno. Y lo que vincula el descubrimiento al retorno es el lenguaje, la posibilidad de hablar con la locura. Para Derrida se trataría del retorno a cierta “desvelo” de la época clásica, no a la época clásica en sí que ha determinado la locura como sinrazón, pero para encerrarla o apartarla. Y se trataría de un retorno, porque el positivismo contemporáneo a Freud se habría encargado de acallar la locura, de vaciarla de toda verdad. Para la institución positivista de la psicología los decires de los locos, como los juegos de los niños, o las escrituras de los sueños, quedan por fuera de todo objeto de ciencia. Es con Freud que el decir delirante, el lenguaje jeroglífico del sueño, el acto inintencional, el chiste, etc., recuperan el estatuto de portadores de una verdad parcial. El filósofo dice claramente que el psicoanálisis no es una

⁴ Si bien la referencia bibliográfica alude al texto correspondiente a Foucault, la traducción que elegí en este caso es la de Jorge Piatigorsky que aparece en: DERRIDA, 1996, pp. 132-133.



psicología, tampoco una psicopatología dijo antes, ya que en el psicoanálisis no se trata de enmascarar sino de sostener una experiencia de la sinrazón.

Pero la posición de Foucault respecto de la obra de Freud, como vengo diciendo, no es unívoca. Derrida señala otros pasajes del libro donde las cosas se agravan y “ser justo con Freud” significará cada vez más someter a proceso a un psicoanálisis que habrá formado parte, del orden de esas figuras inmemoriales del Padre y del Juez, de la Familia y la Ley; del orden del Orden, de la Autoridad y del Castigo. Figuras inmemoriales que Philippe Pinel había reconocido que había que ponerlas en juego para curar (FOUCAULT, 1967, p.255). En el capítulo “El nacimiento del asilo” se inscribirá muy severamente el psicoanálisis en la tradición de Tuke y de Pinel, dirá que “toda la psiquiatría del siglo XIX converge realmente hacia Freud” y llegará a plantear que Freud no liberaría al enfermo de la internación asilar más que para reconstituirla, “en lo que tiene de esencial”, en el núcleo de la función analítica (Ibid., p.261-263). Por cierto que no se trata de que Foucault no encuentre diferencias entre Pinel y Freud, sino de que hay un elemento en común que para éste resulta determinante. Y ese elemento es la figura del médico, no como científico sino como hombre del orden. En esa figura se reúnen todos los poderes *secretos, mágicos, esotéricos, taumatúrgicos*. Con esas palabras se relaciona Foucault con lo que en el campo del psicoanálisis, desde Freud mismo, se llama transferencia. Para él la objetividad científica alegada por esta tradición es sólo una cosificación mágica:

Si quisieran analizarse las estructuras profundas de la objetividad en el conocimiento y en la práctica psiquiátrica del siglo XIX, desde Pinel a Freud, sería preciso mostrar que esa objetividad es desde el principio una cosificación de orden mágico, que no ha podido realizarse sino con la complicidad del mismo enfermo, y a partir de una práctica moral, transparente y clara al principio, pero olvidada poco a poco, a medida que el positivismo imponía sus mitos de la objetividad científica (Ibid., p.259-260).

Junto al nombre de Freud hay una llamada al pie de página: “Estas estructuras persisten en la psiquiatría no psicoanalítica, y en muchos lados incluso en el propio psicoanálisis”. (Ibid., p.259-260).



Entiendo que frente a esta posición de Foucault respecto del psicoanálisis Derrida responde con un cuestionamiento fuerte, que resitúa los comentarios de Foucault, devuelve a la cuestión psicoanalítica su carácter excéntrico y aporético, y resignifica incluso el “ser justo con Freud” rescatando para esta experiencia la posibilidad de una ética que implica dar lugar a un trato heteróclito para encuentros singulares y heterogéneos. Entonces Derrida pregunta:

¿Qué se dice cuando se dice “el” psicoanálisis? ¿Qué es lo que se identifica así, y tan globalmente? Es el psicoanálisis “*en sí*”, como dice Foucault, el que hereda a Pinel? ¿Qué es el psicoanálisis “*en sí*”? Y los lados en los que hereda, son los lados esenciales e irreductibles en sí, o “puntos accesorios”, residuales, en los que puede, o incluso debe, debería, tener razón? (DERRIDA, 1996, p.145).

Y encuentra el modo en que Foucault respondería a esta última pregunta: no, el psicoanálisis no se liberará jamás de la herencia psiquiátrica. Su situación histórica esencial está ligada a lo que se denomina “la situación analítica”, es decir, a la mistificación taumátúrgica de la pareja médico/enfermo, en este caso regulada por protocolos institucionales. (Ibid., p.145)⁵.

Como decíamos más arriba, nos encontramos con la idea que Foucault se hacía en los inicios de los años sesenta de la cuestión de la transferencia. Habría que tener en cuenta cuáles eran los psicoanálisis que se sostenían hace casi cincuenta años. De ese modo podría encontrarse cierta respuesta a qué se refiere con la mistificación taumátúrgica. Hoy, seguramente muy afectados por la enseñanza de Lacan, podríamos preguntarnos ¿es justo con los distintos psicoanálisis hablar de la pareja médico/enfermo? Y, ¿en qué casos corresponde decir que dicha pareja estaría regulada por protocolos institucionales? Evidentemente se hace cada vez más necesario diferenciar las distintas maneras de entender y sostener la experiencia psicoanalítica. Si se trata de psicoanálisis no veo dónde situar un enfermo, menos aún un médico. Y en cuanto a la regulación de la relación analizante/analista según protocolos institucionales, hoy diría que sencillamente una regulación semejante haría muy poco posible el juego de la partida como tal. Foucault habla de una mistificación taumátúrgica que presentaría cierta continuidad de Pinel a Freud. En palabras de Derrida sobre la obra de

⁵ Al respecto ver: FOUCAULT, 1967, T. II, p. 262-263.



Foucault, Pinel habría heredado a Freud la *tekhne* a la vez el arte y la técnica, el secreto, el secreto del secreto, el secreto que consiste en saber hacer suponer el saber y el saber hacer creer en el secreto. El médico se convierte así, para Foucault, en taumaturgo.

El filósofo dirá que la relación de Foucault con Freud era todo menos simple.

Foucault afirma del personaje médico que ha amplificado sus virtudes de taumaturgo, preparándole a su omnipotencia un estatuto casi divino. Habría que ver el lugar que los médicos habían pasado a ocupar en la época y la relación al poder que la medicina y su saber producían y sostenían, como también la pregnancia que la misma tuvo sobre otros discursos de la época en el campo de las ciencias humanas, las políticas de Estado, el saber popular, etc.

En los mismos años en que Freud, en Viena, daba sus segundas conferencias de introducción al psicoanálisis, en Montevideo el Dr. Francisco Soca dictaba conferencias a los estudiantes de medicina de estos lares. En una de ellas decía:

¡Qué grave, trascendental e imponente es una profesión que da tan espantoso poder para el mal y un imperio tan absoluto y despótico sobre la vida y los bienes del hombre! Y por este ángulo la medicina me aparece en toda su terrible majestad, más grande que la de los reyes de la tierra. Frente al médico, ese coloso hecho de fuerza y de misterio, [esa] especie de juez despótico y absoluto sin control ni sanción, el hombre [no tiene más] que entregarse a nuestro honor y nuestra conciencia profesional. (BARRAN, 1994, p. 13-14).

Derrida necesita aclarar que su intención no es decir que Foucault se contradice cuando ubica firmemente al propio Freud (en general) o al psicoanálisis en sí (en general) a veces de un lado a veces del otro lado de la misma línea de partición, y *siempre del lado del Genio Maligno*, el cual se encuentra tanto del lado de la locura como del lado de su exclusión-reapropiación, de su encierro afuera o adentro, con muros asilares o sin ellos. La contradicción está sin duda en las cosas mismas, si así puede decirse. (DERRIDA, 1996, p.151). Para expresar luego lo que entiendo es una afirmación clave en la perspectiva que el autor nos ofrece:



La repartición de los enunciados, tal como parece ordenarse entre nosotros, debería inducirnos a pensar dos cosas aparentemente incompatibles: el libro titulado *Histoire de la folie*, así como la historia de la locura en sí, tienen y no tienen la edad del psicoanálisis freudiano. Por lo tanto, el proyecto de este libro pertenece y no pertenece a la edad del psicoanálisis; le pertenece ya y ya no le pertenece. Esta partición sin partición nos pondría en la vía de otra lógica de la partición, la que nos comprometería a pensar las particiones internas de los conjuntos, y particiones tales que algo como la locura, la razón, la historia, la edad sobre todo, el conjunto denominado edad, pero también el psicoanálisis, Freud, etc., serían identidades lo bastante dudosas, lo bastante divididas en su propio interior como para que todos nuestros enunciados y todas nuestras referencias quedaran de antemano amenazadas de parasitismo, un poco como si se introdujera un virus en la matriz del lenguaje, como hoy se introducen virus en los programas de la lógica de la computadora, con una diferencia: estamos lejos, por motivos evidentes, de disponer de los disquetes antivirus (...) Situación enloquecedora para todo discurso, por cierto, pero un cierto enloquecimiento no es necesariamente lo peor que puede sucederle a un discurso sobre la locura. (Ibid., p. 152-153).

Más adelante refiriéndose ya no a Historia de la locura sino a otro libro de Foucault, Historia de la sexualidad, Derrida (1996, p.165) dirá que esta figura del balancín de equilibrista, del *fort/da* se verá lanzada con el mismo ritmo y mayor amplitud. El psicoanálisis se ve circunscrito a una historia de las “estrategias de saber y de poder” (jurídico, familiar, psiquiátrico) Está tomado y afectado en estas estrategias, pero no las piensa. Foucault reinscribe la invención del psicoanálisis en la historia de una dinámica disciplinaria.

No podemos entrar a analizar Historia de la sexualidad. Decimos simplemente que en este punto el comentario de Derrida se toca con la afirmación de Frédéric Gros referida más arriba. Entonces tenemos a un Foucault que por momentos habla decididamente de un Freud o un psicoanálisis que hace hablar, pero para acallar, que da lugar a la locura, pero para encerrarla en una psicopatología, que reconoce un cuerpo sexual, pero para estudiarlo, describirlo, comprenderlo y entonces por eso mismo desconocerlo para siempre, que acepta trabajar con las más variadas formas y expresiones de lo sexual dándoles lugar a partir de la libre asociación de ideas, pero para reordenarlas y redirigirlas al lecho conyugal en nombre del Orden y la Familia. Y este Foucault apenas esbozado en estas breves páginas, se equivoca al mismo tiempo que pone sobre el tapete una verdad que muchos psicoanalistas estaban, y quizá aún estén, dispuestos a negar hasta las últimas consecuencias: un carácter disciplinario del psicoanálisis. Pero, ¿cómo?, ¿el método de la asociación libre no ofrece al sujeto una



libertad que va más allá de sí mismo? Habría que revisar más detenidamente y parte a parte las posiciones que los distintos psicoanálisis y los diferentes psicoanalistas han tomado frente a ciertos asuntos como las llamadas perversiones, las distintas formas de la locura, la homosexualidad. No será difícil para el lector atento y crítico encontrar psicoanalistas que han tratado a la homosexualidad como una sexualidad desviada, cuando no pervertida, como si hubiera entonces una sexualidad que sí se dirigiera por la vía correcta, encubriendo de esta manera un ideal de normalidad, lo cual ya es bastante grave, y además, de normalidad sexual, lo cual ya es sencillamente religioso. Se trata de una dotación de sentido llevada al extremo de dar sentido justo a lo más inaprensible, punto privilegiado de irrupción de lo real: lo sexual. En otra posición muy diferente tendríamos, también dentro del campo del psicoanálisis, a Lacan que por los años setenta planteaba cosas como:

Lo real no es el mundo. No hay esperanza de alcanzar el real mediante la representación. (...) El real, no es universal, lo que quiere decir que sólo es todo en el sentido estricto en que cada uno de sus elementos es idéntico a sí mismo, pero no puede decirse “todos”. No hay “todos los elementos”, sólo hay conjuntos a determinar en cada caso. (LACAN, 1980, p.164).

Entonces se puede sostener como verdadera una afirmación que diga: el psicoanálisis participa de una empresa de disciplinamiento de los sujetos; u otra que diga: el psicoanálisis ha sido y es cada vez más un discurso y una práctica disciplinaria. Al mismo tiempo y con la misma fuerza se puede sostener como verdadera una afirmación que diga: el análisis es una de las formas, de los modos, de las experiencias que reinventan estrategias de resistencia al disciplinamiento. Hay que ver en cada caso qué se dice cuando se dice “el psicoanálisis”. Esta última opción, la de la resistencia, pienso yo, es la que sostuvo a Lacan produciendo tantos años al margen del Estado, de la Universidad y de la Internacional de los psicoanalistas.



REFERENCIAS

BARRAN, J. P. **Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos**: el poder de curar. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1994. (Tomo I).

DERRIDA, J. Ser justo con Freud: la historia de la locura en la edad del psicoanálisis. In: ROUDINESCO, E.; CANGUILHEM, G.; POSTEL, J. **Pensar la locura**: ensayos sobre Michel Foucault. Buenos Aires: Paidós, 1996. p.121-173.

FOUCAULT, M. **El poder psiquiátrico**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.

_____. **Historia de la locura en la época clásica**. México: Fondo de Cultura Económica, 1967. (Tomos I; II).

_____. **Las palabras y las cosas una arqueología de las ciencias humanas**. México: Siglo XXI, 1996.

_____. Prefacio. In: _____. **Entre filosofía y literatura**. Buenos Aires: Paidós, 1999. p.121-130.

GROS, F. Notas sobre la sexualidad en la obra de Michel Foucault. In: **Litoral – La opacidad sexual**, Córdoba, n. 27, p.7-18, 1999. (École lacanienne de psychanalyse – Edelp).

LACAN, J. La tercera. In: CONGRESO, 8., 1974, Roma. **Actas de la Escuela Freudiana de Paris**. Barcelona: Ediciones Petrel, 1980. p. 159-186.

_____. **El seminario**: libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires, 1987.



Mauro Marchese

Licenciado en Psicología;
Psicoanalista;
Responsable del Área de Transmisión del
Psicoanálisis de SIGNO Centro
Interdisciplinario;
Ha publicado artículos en revistas
nacionales e internacionales
E-mail: mauromd@adinet.com.uy

Recibido em: 12/12/09
Publicado em: 31/03/10